

En este número

La pasión dominante de las sociedades modernas, su ideología cabal, ha sido el dominio sobre la naturaleza. Este signo nodal de la economía política contemporánea es —así en los países capitalistas como en los socialistas— el autor de las mayores hazañas, las mayores catástrofes y algunos de los mayores crímenes. En las sociedades periféricas, esa pasión alcanza el rango de verdadera obsesión. Creyendo construir, hemos destruido. Creyendo ser modernos, hemos devastado nuestras raíces. México, país eminentemente histórico, pero predominantemente subordinado, ha llegado a "construir" la ciudad-catástrofe por excelencia de nuestro siglo: la ciudad de México es la más poblada del mundo, la más contaminada y la segunda en extensión; como si fuera poco, es una ciudad donde las autoridades, al no ser elegidas popularmente, se caracterizan por su ineptitud, irresponsabilidad e impunidad. El apodo del regente del DF bajo López Portillo —Gengis Hank— es perfectamente aplicable a todos los regentes de la época moderna; sin excepción, todos han sido siervos del capital, inmobiliario e industrial, y del Presidente de la República, no siervos del pueblo.

He aquí a dónde nos llevó el deseo obsesivo de ser modernos: a perder muchas de nuestras características más singulares y a emular muchos de los rasgos más terribles de Tokio, Nueva York y Calcuta. La culpa de este desastre sin precedentes en la historia no reside tan sólo en la clase dirigente mexicana, cada vez más inepta, corrupta y vulgar; esa culpa también es nuestra, en la medida en que no hemos dado las luchas para asegurar nuestros derechos, y en que durante demasiado tiempo nos abstuvimos de criticar a fondo el capitalismo salvaje que hizo del campo un páramo y de la ciudad capital un gigantesco basurero ecológico. Los campesinos, que vieron sus tierras y vidas devastadas primero por la sustracción de capital para la industria y después por los insecticidas, no querían ser modernos. Los deefehos, en cambio, sí fuimos cómplices pasivos de la devastación de nuestros barrios y del envenenamiento del aire que respiramos.

En ésas estábamos cuando a las 7:19 horas del día 19 del noveno mes de 1985 la tierra retembló en su centro. Decenas de edificios se derrumbaron, cientos de inmuebles se resquebrajaron, miles de personas quedaron sin hogar. Al día siguiente volvió a temblar con violencia, y los deefehos tuvimos que hacernos cargo de que miles de nosotros habían muerto y que la ciudad era una bomba de tiempo ya no sólo por su sobrepoblación, pauperización y contaminación, sino también por la deficiencia de muchísimas construcciones y el desecamiento irresponsable de los mantos acuíferos. Fundada sobre un lago, señorial durante siglos, enclavada en un clima excepcional, nuestra enferma ciudad recibió dos golpes mortales en dos días consecutivos.

Esos dos temblores del 19 y 20 de septiembre fueron los *hechos políticos* más importantes en muchos años. En la conglomeración más grande de la historia, la naturaleza se hizo acto político: nunca había habido tantos muertos en esta ciudad -ni durante la Revolución, ni en 1952, ni en 1968-, y una gran cantidad de ellos eran víctimas inocentes de la negligencia y corrupción de nuestros capitalistas y nuestros políticos.

Sobrecogedores para la gente, los dos temblores resultaron paralizantes para las instancias de poder: lo mismo el gobierno (supuestamente omnipresente) que la Iglesia

(supuestamente caritativa) y que los partidos (supuestamente populares). Fue la gente, sólo la gente, la que salió a hacer lo que pudiera. Fueron los individuos, las familias, los grupos de amigos y los miembros de los barrios los que actuaron; es decir, justamente las formas de asociación más golpeadas por esa crisis permanente que es la vida en la ciudad de México desde hace treinta años. Las mismas Universidades (supuestamente humanistas) sólo atinaron a cerrar sus puertas; y así, por primera vez en años, los estudiantes tuvieron una causa y organizaron brigadas.

Grandes partes de la ciudad parecían estar en estado de guerra: bombardeadas, en ruinas, sin agua, sin luz, cubiertas por nubes de polvo, y el gobierno lo único que atinaba a hacer era tomar al pie de la letra el estado de guerra y apostar soldados enfrente de *nuestros* edificios, *nuestras* casas, *nuestros* hospitales y *nuestras* fábricas.

Los temblores de septiembre, pues, fueron un hecho político totalizador. Las condiciones de nuestras vidas -nuestra condición política- quedaron al desnudo de una manera que cabría llamar apocalíptica si apocalíptico no fuera un adjetivo demasiado utilizado y, además, demasiado religioso. (No en balde las primeras voces que rompieron el silencio de la Iglesia fueron las de los curas que por fin podían hablar del castigo de Dios y la ira de la Virgen de Guadalupe.) Las condiciones de nuestra vida se nos hicieron todas presentes, reales, absolutas de un solo golpe -o más bien dos-: la demencia centralista, la contaminación criminal, el saqueo irresponsable de los mantos acuíferos, la negligencia y corrupción, el capitalismo salvaje, la indefensión general, la falta de programas de emergencia, la insensibilidad y la burla misma de muchas autoridades.

Ante la ineptitud del poder: la espontaneidad, la generosidad y el heroísmo de la gente. Ante la participación del pueblo en el salvamento de sus conciudadanos, sus casas y sus cosas: el pánico del poder. Aunque "enajenados", aunque "atomizados", aunque egoístas, los deefehos eran lo único con que podían contar los deefehos. Lo que a final de cuentas sólo era solidaridad humana masiva se convertía, para el gobierno, en un verdadero movimiento político incipiente. Y así, días tras día de ineptitud oficial, lo entendía la gente. El hecho político de la naturaleza nos daba a los ciudadanos conciencia (tan honda como súbita) de nuestra capacidad y de la incapacidad de ellos.

Las autoridades se dedicaron a negar los devastadores alcances del terremoto exactamente en el mismo estilo con que acostumbran a negar la razón y la fuerza de los movimientos políticos. Pero este acto político de la naturaleza era demasiado mortífero y generalizado -la ciudad entera se había convertido en un solo barrio, por así decir- para que diera resultados la estrategia de siempre. Durante unos cuantos días en algunos casos, durante algunas semanas en otros, los actos de la gente tuvieron una naturalidad -una sobrenaturalidad, una sobrehumanidad- impresionante. La ciudad vivía el terrible dolor de sus gentes muertas, sus edificios destruidos; y a ese dolor se agregaba el horror de la incompetencia oficial, esa farsa habitual que ahora se convertía en tragedia.

Todo aquello es ahora pasado; *memoria*. La ciudad ha vuelto a su normalidad excepto -y en un gigantesco excepto- en el caso de las decenas de miles de damnificados que siguen confrontando las mentiras y los insultos de los organismos oficiales; y excepto los grandes números -no cuantificados- de personas que perdieron su empleo; para no insistir en los deudos de los miles -las cifras van desde los poco creíbles cuatro mil del gobierno hasta los tal vez exagerados veinte mil de fuentes oficiosas- de víctimas de los terremotos. La normalidad a la que hemos vuelto es, lógicamente, una normalidad herida, vulnerada, hipersensible, que todavía no acaba de hacer su duelo y teme, en las profundidades de su inconsciente, la repetición de aquella experiencia terrorífica.

Como parte de esta nueva normalidad, esta normalidad para la cual es imposible el olvido, se empieza a producir una reflexión crítica sobre las condiciones de nuestra vida: sobre nuestra *cultura* y nuestra *política*, por las cuales han doblado las campanas de la catástrofe. Como contribución inicial a esta reflexión urgente, *Cuadernos Políticos* ofrece - en tomo a los sismos de septiembre, las organizaciones populares, la salud mental y la ecología- las colaboraciones de Carlos Monsiváis, Adriana López Monjardin, Carolina Verduzco Ríos, Juan Manuel Ramírez Sáiz, Julia Carabias, Ana Herrera y Carlos Rodríguez Ajenjo.

-Héctor Manjarrez

Y cuando se habían marchado los sabios,
se llamaron y reunieron
los cuatro ancianos y dijeron:
"¿Brillará el Sol, amanecerá?
¿Cómo vivirán, cómo se establecerán los
macehuales (el pueblo)?
Porque se han ido, porque se han llevado
la tinta negra y roja (los códices).
¿Cómo existirán los macehuales?
¿Cómo permanecerá la tierra, la ciudad?
¿Cómo habrá estabilidad?
¿Qué es lo que va a gobernarnos?
¿Qué es lo que nos guiará?
¿Qué es lo que nos mostrará el camino?
¿Cuál será nuestra norma?
¿Cuál será nuestra medida?
¿Cuál será el dechado?
¿De dónde habrá que partir?
¿Qué podrá llegar a ser la tea y la luz?"

—Informantes de Sahagún
